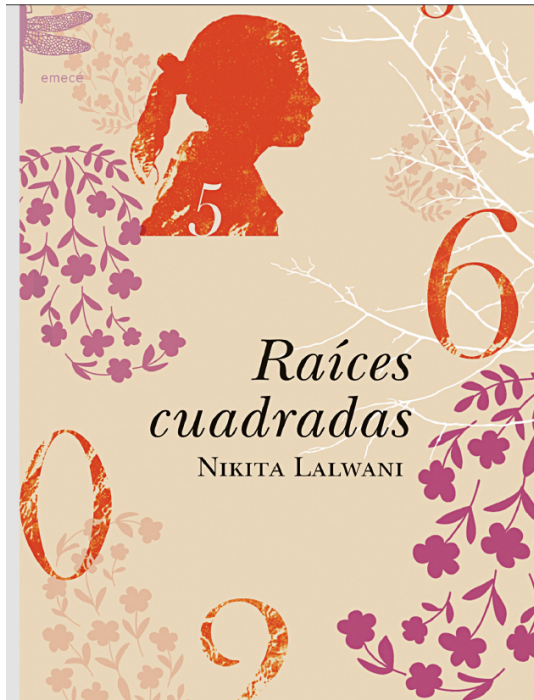


## Raíces cuadradas



**Autor:** Nikita Lalwani

### ARGUMENTO

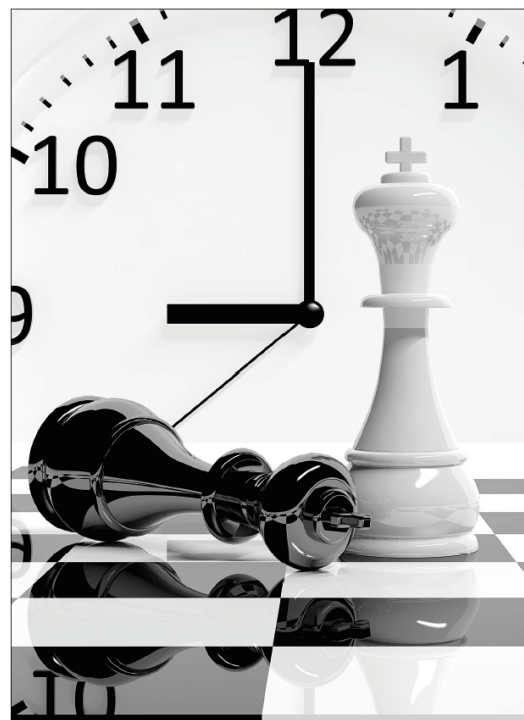
Esta novela relata la vida de una joven, Rumi, hija de inmigrantes indios instalados en Inglaterra, que conservan muchas de las tradiciones y de las normas traídas de la India, lo cual le genera a Rumi algunos conflictos de carácter afectivo, social y cultural.

Es superdotada en matemáticas y, desde niña, apoyada por los maestros y dirigida por su padre, que es profesor de matemáticas, ha tratado de cultivar y desarrollar ese talento. Con quince años, después de someterse a un disciplinado plan de estudios diseñado por el padre, consigue superar un examen para ingresar en la Universidad de Oxford, aunque luego las cosas no salen como todos esperaban, porque Rumi descubre que hay otra vida más allá de las matemáticas.

La escena siguiente se desarrolla en el último curso del colegio, cuando ya está preparando ese examen. Mientras su padre la lleva en coche al despacho donde se entrena resolviendo problemas como los que hará en el examen de ingreso a la Universidad de Oxford, Rumi piensa en Simon Bridgeman, el único compañero con el que algunos días comparte un trozo del camino al colegio.

### *Raíces cuadradas*

Rumi estaba pensando en Simon Bridgeman y en el hecho de que este hubiera dejado de hablarle desde el torneo de ajedrez, ya hacía casi seis semanas. Era una herida permanente en su cerebro, una especie de estropajo que restregaba preguntas por sus sueños, tanto de día como de noche. Por lo menos unas cuantas veces por semana, si no todos los días, Rumi se despertaba de un sueño en el que Simon estaba sentado con ella en el muro que había junto al colegio de su hermano pequeño, esperando a que este saliese. En dicho sueño, aclaraban el malentendido y después se abrazaban. Luego él la besaba en la mejilla, se ponía en pie y cruzaba la calle para ir a su casa. Si el sueño tenía lugar en lo más profundo de la noche, si la fase REM la conducía a este delicioso reencuentro, siempre se despertaba con una sensación de bienestar. El sueño resultaba tan real que Rumi a veces ni siquiera era consciente de que se trataba de un sueño hasta que veía a Simon en el colegio, jugando al fútbol sin hacerle ni caso, o mirando más allá de donde ella estaba, hacia el lejano griterío de los otros estudiantes. Y entonces se sentía ridícula, presa de su propia ineptitud, consciente de golpe de lo absurdo que resultaba su cuerpo enfundado en aquella incómoda piel que era el uniforme, y caminaba encorvada, perdida en



el legendario territorio de la humillación. Si el sueño tenía lugar de día, mientras permanecía sentada en su pupitre, su soledad se volvía cada vez más amarga.

En la escuela, Rumi estaba tan marginada como siempre, solo que ahora era peor porque a Simon le estaba pasando algo raro: iba ascendiendo poco a poco a la categoría de inalcanzable. Se había hecho algo en el pelo: llevaba una especie de despeinado informal que solo podía ser obra de algún «producto para el pelo». ¿Gel? ¿Cera? ¿Laca?, se preguntaba Rumi. Ansiaba conocer la respuesta, pero también temía descubrir que sus conocimientos respecto a ese universo dejaban bastante que desear. Por otro lado, las pantorrillas de Simon ya no eran delgadas ni se perdían dentro de los calcetines, sino que parecían haberse ensanchado, lo mismo que sus muslos, que sobresalían bajo los pantalones cortos y desprendían confianza en sí mismos. Hasta había crecido unos cuantos centímetros, mientras que sus facciones habían adquirido un aire más severo y anguloso: daba la sensación de que ese rostro que Rumi veía desde hacía años, suave y redondo como la luna, se había adaptado a unos huesos nuevos que sobresalían más



que los de antes. De repente, los ojos de Simon parecían de un azul intensísimo, casi irreal, tan intenso que contrastaba con la fría indiferencia de su expresión. Le gustara o no, Rumi buscaba todos los días a Simon, aunque intentaba aparentar que se trataba de una mera coincidencia: lo buscaba en la biblioteca cuando él tenía una hora libre, o justo antes de la asamblea escolar o bien trataba de cruzarse con él por la escalera, antes de la hora de comer, sin atreverse a levantar la mirada.

Y todo eso desde el torneo de ajedrez. Le parecía tan extraño que había comprobado varias veces en el calendario que en realidad no había transcurrido más de un mes y medio. Rumi sabía lo que era un «estirón» pero aun así, le causaba extrañeza que ocurriera tan de sopetón, que cobrara vida real, más allá de los libros, y, sobre todo, que resultara tan obvio en Simon, en la arrogancia y destreza de las que ahora hacía gala en el campo de fútbol. A Rumi eso le producía un dolor indefinible. La posición que ahora ocupaba Simon en el fuego cruzado que era el patio embarrado del colegio se había convertido en el indicador más flagrante de que algo estaba pasando. Lo peor que podía sucederle a Simon era que los otros se metieran con él cuando fallaba un gol, aunque siempre en tono cariñoso; y lo mejor, pero también lo más terrible para Rumi (quien empezaba a temer que la desesperación que en esas ocasiones se iba abriendo paso entre las fibras de su cerebro fuera, en definitiva, un síntoma de locura), era que lo aplaudieran las chicas que seguían los partidos desde la banda.

Mientras seguía sentada en el coche con su padre, Rumi pensaba en la manera de poder estar a solas con él, de

## Raíces cuadradas

forma que pudieran mantener «la conversación». Sin embargo, ya se le antojaba imposible. La última vez que Rumi había esperado para hablar con él después de clase, haciendo tiempo junto a la puerta mientras él se dedicaba a darle patadas a una pelota en el campo de atrás, los otros chicos se habían dado cuenta.

–Te busca tu novia –se había burlado Carl Stephens, con su voz de falsete, al tiempo que empujaba a Simon hasta que a este no le quedó más remedio que volverse.

La mirada azul de Simon se había encontrado con la de Rumi y había centelleado durante un instante. Después, Simon había apartado la mirada, ruborizado pero también inalcanzable, y había lanzado la pelota al otro lado con todas sus fuerzas. Cuando los otros chicos lo abordaron y lo machacaron en una refriega de joviales insultos y amistosos puñetazos, Rumi se dio cuenta de que no se volvería para mirarla otra vez. Esperó un momento antes de marcharse, de forma que pudiera alejarse con dignidad mientras clavaba la mirada en los calcetines de rayas que le cubrían los tobillos.

Mientras caminaba, empezó a contar al ritmo del tacaneo de sus zapatos, calculando potencias de dos cuando adelantaba el pie izquierdo y restando uno cada vez que adelantaba el pie derecho. El resultado eran núme-

ros de Mersenne (2 elevado a la potencia  $n$  menos 1). En cada ocasión obtenía una cantidad que analizaba para ver si se trataba de un número compuesto o de un número primo. Cuando el número era primo, indivisible, Rumi se sentía como si le hubieran asestado una puñalada, como si hubiera sufrido una pequeña traición, como si le hubieran introducido un fino y doloroso catéter que le llegaba hasta el corazón. 2 elevado a la séptima potencia menos 1 igual a 127. Ese número le resultaba especialmente doloroso, quién sabe por qué. Tal vez por las promesas que contenía, porque era como si tuviera el mundo en sus manos: el 1, que inspiraba seguridad; el 2, que ahora mismo le resultaba insoportable, y el 7, que siempre sería el número de la suerte, un número sensual, descarado y guay. Todo lo que ella no era. Cuando estaba a mitad de camino de la escuela de su hermano Nibu, las lágrimas se salieron por fin con la suya y le abrasaron el rabillo de ambos ojos. Era como un vertido tóxico, invisible pero no imaginario, que Rumi secó tan rápido como pudo en cuanto llegó a la puerta del colegio.

Rumi aspiró otra bocanada de aire en el interior del coche, juntó las rodillas y observó a su padre. Si a él se le ocurría preguntarle en qué estaba pensando, no sabía qué contestar. ¿Cómo eludir la pregunta? Eso era, precisamente, lo más irritante del tiempo que ahora pasaban juntos y guardaba una estrecha relación con la segunda línea de pensamiento, hacia la cual se precipitó Rumi no sin cierta alarma. Había tomado la decisión de no contar más mentiras, de «entrar en el valle de la verdad», como se decía en los libros que su madre había añadido al nuevo santuario, instalado en la habitación de Nibu. No hacía mucho que Rumi había empezado a leerlos, en busca de una vía de acción que la guiara a través de la vida. Había hecho el voto de verdad para empezar de cero a raíz del incidente del Club de Ajedrez, desde el cual se consideraba a sí misma una persona inmunda. Pero cada vez le resultaba más y más difícil mantener ese voto sin tener que dedicar mucho tiempo a planificar las cosas por adelantado. Para no meterse en líos, era imprescindible evitar todo acto que pudiera sentar mal en el caso de salir a la luz.

A veces se preguntaba cómo habría sido su vida si hubiera nacido y se hubiera criado en su país de origen, si hubiera sido un punto entre las acogedoras estructuras y jerarquías pautadas de «la Madre India», como la llamaban en las pelis indias. Si uno cedía a impulsos que no estaban en esas coordenadas, el precio a pagar era que durante un tiempo se le privaba de su ascenso a través de las categorías. Y era uno mismo quien debía decidir si el riesgo valía la pena. Por lo menos, en la India existía una idea más o menos compartida de lo que estaba bien y de lo que estaba mal, lo cual significaba que





uno no tenía que pasarse la vida intentando averiguarlo por sí mismo. En las pelis indias, se daba por sentado que el amor formaba parte de la vida, pero los chicos no esperaban que las chicas los besaran en los labios a los catorce años ni tampoco en ningún otro momento antes del matrimonio. Y ya puestos, tampoco esperaban que las chicas quedaran con ellos en algún centro comercial por la noche, para beber sidra, por ejemplo. Todo era muy inocente pero, al mismo tiempo, no lo era: los chicos podían salir, las chicas no. Y si un chico quería cortejar a una chica, la llamaba por teléfono, o le enviaba tarjetas o trataba de quedarse un momento a solas con ella al volver de la escuela.

Sin perder de vista todo eso, Rumi se había replanteado las cosas y había asumido que tenía que haber una respuesta perfecta.

### ACTIVIDADES

- 1 Como acabas de leer, Rumi se entretenía y se relajaba calculando las potencias de 2 y restando una unidad al resultado. Por ejemplo:

$$2^2 - 1 = 3 \quad ; \quad 2^3 - 1 = 7 \quad ; \quad 2^4 - 1 = 17 \quad ; \text{etc.}$$

Los números obtenidos (3, 7, 17...) se llaman números de Mersenne (1588-1648) en honor de este filósofo y teólogo francés que los estudió. Él creía que cuando el exponente era un número primo, el resultado siempre era un número primo, pero más adelante otros matemáticos descubrieron que esto es falso (por ejemplo,  $2^{27} - 1$  es un número compuesto). Calcula los diez primeros números de Mersenne y analiza si son primos o compuestos.

- 2 Suponiendo que una persona adulta tiene 5 litros de sangre y que en cada  $\text{mm}^3$  hay unos 5 millones de glóbulos rojos, calcula la cantidad de glóbulos rojos que tiene un adulto expresando el resultado por medio de potencias.
- 3 Una parcela tiene la forma de un triángulo equilátero cuyos lados miden 100 m. Calcula su superficie.
- 4 La raíz cuadrada de un número es  $-127$ . ¿Cuál es ese número?

- 5 Realiza las siguientes operaciones:

a)  $3 \cdot (-2)^3 + (-3)^3$

c)  $3^2 \cdot (-11)^3 - (-12)^3 \cdot (-15)$

b)  $-2 \cdot (-5)^2 - 3 \cdot (-1)^3 - 2^3$

d)  $(-1)^2 - 4 \cdot (-3)^2 + (-8) : (-2)$

- 6 Realiza las siguientes operaciones:

a)  $\left(-\frac{2}{3}\right)^2 \cdot (-1)^3 + \left(\frac{1}{2}\right)^3$

b)  $\left(\frac{4}{5}\right)^3 - 3^2 \cdot \left(\frac{3}{2}\right)^2 + (-2)$

7 a)  $\sqrt{\frac{25}{36}} - \sqrt{64} + 3 \cdot (-1)^3$

b)  $-\sqrt{81} - \sqrt{\frac{16}{25}} - 2 \cdot (-3)^3$